

LA ESTRELLA BALEAR.

Periódico compilador de lo mas selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.

Este periódico sale todos los domingos.—Precio de suscripcion 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 ½ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo.—Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscriptores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Rullan, hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.

EL PASO DE RONCESVALLES.

(Leyenda histórica.)

Grande era el enojo de los caballeros cristianos en el reino de Leon, y sus miradas daban á entender, que el resentimiento que habian disimulado hasta entonces, pronto se manifestaria en toda su fuerza. Unos, á la sazón en que comienza esta leyenda, se paseaban por los salones del palacio del rey Alfonso, en tanto que otros menos sufridos, se alejaban de aquel sitio y llenos de despecho se dirigian á sus castillos.

«Vive el cielo!» exclamó con arrogancia Favila. «Disponga el Rey á su placer de su imperio leonés. En cuanto á mí defenderé mi castillo á viva fuerza y romperé la alianza que he respetado hasta este momento desgraciado. ¡Que degradacion es esta, nobles señores! ¡Cómo consentimos que se entregue el reino de Leon con todos sus guerreros y nobles á un príncipe extranjero, como si se le diese una manada de ovejas! ¡Qué derechos puede alegar Alfonso para despojarnos así de nuestras propiedades? ó mejor dicho, de nuestra libertad, que es el mejor de nuestros tesoros?»

«Verdaderamente, dijo otro, ninguno; á menos que no lo haga en fuerza de la necesidad, puesto que no tiene quien herede su reino.»

«Así es en efecto, interrumpió un tercero con una sonrisa sarcástica; pero tambien lo es que nosotros no tenemos la culpa: mal haya la virtud que ha hecho dar al Rey el sobrenombre de Casto, si ha de redundar en perjuicio de nuestra independencia. Es, señores, una razon muy satisfactoria, y no deja de ser en cierto modo muy agradable, esto de que porque al Rey le plazca representar el papel de ascético, nosotros que á la verdad no somos tan virtuosos, participemos de los felices efectos que producirá, como es probable.»

«Nobles y caballeros de Leon, dijo Favila, subamos á la cámara real y hablemos al Rey.»

«Diligencia inútil, á fe mia!» exclamó otro de los circunstantes. «Carlo-Magno está ya marchando con toda su comitiva de caballeros y vasallos, y no tardará en aparecer en nuestro territorio á recibir el digno presente con que le favorece nuestro generoso monarca.»

Continuaban aun en su debate, cuando se acercó á ellos un guerrero armado de punta en blanco, y cuyo aspecto anunciaba una firme resolucion. La gallarda apostura del jóven guerrero gustó sobremanera á los nobles, y todos le saludaron con la mayor cordialidad. El les contestó muy ligeramente, porque su imaginacion estaba demasiado ocupada en aquel momento, para detenerse en ceremonias.

«Esel jóven Bernardo, si no me engañan mis ojos,» dijo uno
«El mismo respondió Bernardo. Un verdadero caballero y un buen leonés, si bien ahora casi se avergüenza de lla-

marse tal. En vuestras miradas, señores, facilmente se conoce que estais perfectamente enterados del peligro que nos amenaza, si no nos prevenimos inmediatamente para ahuyentarlo. Vuestros ojos tambien manifiestan la justa indignacion con que mirais las resoluciones del Rey. ¿Y bien, señores, que os detiene? Es tiempo aun de permanecer en la inaccion? Vestid las armaduras y salgamos al encuentro de Carlo-Magno y de su corte orgullosa. Enseñémosle que tambien España produce una nobleza como puede ser la suya. Voy á ver al Rey, y á hablarle con la sinceridad que cuadra á un guerrero.»

Diciendo esto, subió rápidamente al palacio. Los nobles quedaron sumamente satisfechos de su comportamiento, aunque su decision en ir á hablar al Rey era darles en cara por su tardanza.

«Es muy arrogante jóven» dijo don Recaredo, «y el lustre de la caballeria brilla doblemente en él. Es lástima que sea de cuna tan oscura. Ninguno de vosotros, señores, ha oído hablar de su nacimiento?»

«Yo nunca,» respondió un veterano leonés, «aunque por mis años y mi larga permanencia en esta corte, puedo jactarme de saber como el primero, la genealogía de todos nuestros mejores caballeros. Por lo que creo, que para descubrir la del jóven Bernardo, seria necesario acudir á las artes secretas de la bruja. Sin embargo, él goza de mucho favor en la corte.»

«Pche! contestó Recaredo sonriendo, quien sabe si ese favor pudiera servir de apoyo á nuestras sospechas! El rey quiere mucho á Bernardo. ¡que chasco fuera que Alfonso el Casto fuese padre, á pesar de toda su virtud!»

«Callad, don Recaredo, interrumpió Favila. No es la hipocresia el pecado de que se debe acusar á nuestro monarca: Aun merece el título de Alfonso el Casto. ¡Ojalá desplegasen su celo del mismo modo en conservar el de victorioso, ahora que se le presenta ocasion de mostrarse digno de tan alto renombre.»

Bernardo se habia presentado ante el Rey, y con el desembarazo así en la voz, como en los ademanes propios de su carácter altivo, le hizo presente la injusticia y la ignominia que llevaban consigo sus proyectos.

«Cómo,» señor! le decia con calor, si vuestra virtud ó vuestros escrúpulos os privan de un sucesor á la corona, ¿es esa razon que justifique el acto vergonzoso que estais próximo á cometer? No hay hombres en Leon, cuyas sienas merezcan sustentar vuestra corona? ¿Porque pues, buscarlos en países extranjeros? Un valor igual al de Carlo-Magno, grande como puede ser el suyo, arde en los corazones de mil de vuestros súbditos, los cuales se avergüenzan hoy al contemplar á su monarca mas débil que su pueblo.»

«Basta, atrevido rapaz! exclamó Alfonso irritado,» te olvidas de que estas en presencia de tu Rey, y abusas de la estremada bondad con que siempre te ha honrado.»

«Sé muy bien que sois mi Rey, repuso Bernardo con firmeza. Tampoco soy ingrato á los favores con que siempre

me habeis colmado. Pero aunque vuestra corona fuese diez veces mas poderosa y brillante, y vuestros favores cien veces mas cumplidos, jamás Bernardo se detendria en manifestar sus sentimientos, ó doblegaria en lo mas mínimo su independencia. Consideradlo bien, señor. Nos habeis entregado á Carlo-Magno; pero antes de haberos aventurado á ofrecer tan generoso don, deberiais haber contado con nuestro asentimiento, como requisito indispensable. Ahora veremos como cumplis vuestra promesa al dictador francés. Este soberbio Rey y su orgullosa corte y la flor de su caballería, cuyas glorias no se cansa de proclamar la fama, si bien disuenan á nuestro oído, hallarán en vez de una corona de oro y de un menguado rebaño dispuesto á lamer la mano de sus señores, un ejército de caballeros armados y prontos á defender la independencia de este pais, que el rey Alfonso, olvidando su deber, ha comprometido tan vergonzosamente.»

Al concluir estas palabras con un tono enfático y arrogante ademan, volvió la espalda bruscamente y libró al Rey de su presencia. Pero Alfonso, aunque ofendido de la manera atrevida en que el noble joven habia espresado su resentimiento, se vió obligado en cierto modo á hacerle justicia. Comenzó á sentir cierta vergüenza por la ligereza con que se habia conducido en sus ofrecimientos; y como hombre de verdadero valor y espíritu, no le desagradaba el ver que su nobleza hallaria un medio de reparar la desgracia que él mismo habia causado. Al señalar á Carlo-Magno como sucesor de su trono, no habia estado animado Alfonso seguramente por miras merecenarias, ni por ningun otro objeto siniestro. Un celo mal entendido, le habia hecho formar tal proyecto. Como no tenía herederos á su corona, creyó que podia evitar las desavenencias y disturbios que probablemente produciria su muerte, eligiendo un sucesor durante su vida. Carlo-Magno era un rey cristiano, y el guerrero mas célebre de la época; ¿Dónde se hallaria otro que con mayores ventajas condujese á sus valientes leoneses á la victoria? Además, Alfonso, en su odio irreconciliable al nombre morisco, habia solicitado el apoyo del Rey francés para llevar adelante sus guerras con buen éxito contra los infieles. Pero desgraciadamente no era bastante político para preveer los grandes males, los efectos desastrosos que produce el llamamiento de una legion estrangera para calmar las conmociones intestinas.

Bernardo, al salir del palacio, se unió á una multitud de caballeros, todos animados del mismo fuego patriótico que le habia alentado á él cuando fué á reconvenir al Rey. Se diseminaron por la ciudad hinchendo los aires en gritos de independencia, y persuadiendo á sus conciudadanos á que se les uniesen en tan gloriosa empresa. El efecto que produjo la alarma de los guerreros leoneses fué tan instantáneo, como honroso y satisfactorio para ellos. El nombre de Bernardo corria de boca en boca, y su comportamiento con el Rey, lo ensalzaban aun aquellos que rendian á su soberano el mas profundo respeto y veneracion. El fuego patriótico cundió como una chispa eléctrica. Toda la ciudad se puso en movimiento, y pronto el entusiasmo se dilató al resto del pais. Por todas partes se oian gritos de libertad é independencia, y la esperanza de un buen éxito hacia latir el corazón de Bernardo, cuando presenciaba el ardor de sus compatriotas.

A la mañana siguiente, salió Bernardo de la ciudad acompañado de tres mil guerreros, partícipes todos del entusiasmo de que él se sentia animado. Los bruñidos cascos resplandecian á los rayos del sol, y la trompeta guerrera daba al aire tan belicosos sonos, que aun el mas tímido se sentia poseido del deseo de empuñar las armas. El pastor y el pacífico monge prontamente se armaron de lo que á mano pudieron hallar primero, y corrieron á aumentar el brillante ejército de Bernardo. El glorioso pabellon azotaba los aires, representando un leon rampante en campo rojo, y manifestando el digno emblema de un pueblo independiente y guerrero. El rey Alfonso, corrido de mostrar menos patriotismo que sus súbditos, montó un soberbio caballo, y agitando su poderoso acero corrió por las calles de la ciudad, jurando por su honor, mostrarse digno de la corona que llevaba.

Pronto se le unieron todos aquellos que por falta de resolución no habian tomado parte hasta entonces en el alzamiento; y con el aumento de esta gente y la comitiva

de su corte, dejó la ciudad, y se dirigió á unirse con Bernardo y sus valientes compañeros. No tardó mucho en alcanzarlos.

«Páreceme que nos siguen al galope varios grupos de caballeros, dijo don Recaredo: y bien, señores, ¿serán amigos ó enemigos?»

«¡Enemigos! don Recaredo» repuso Bernardo con una sonrisa despreciativa. «Me parece que sois muy mal adivino, si habeis supuesto por un momento que ese puñado de hombres se atreviera á provocar nuestro furor.»

«El Rey!... ¡El Rey!...» repitieron en este momento varias voces.

No hay duda: es don Alfonso! exclamó Bernardo en el colmo de su gozo. Sí, le conozco por su radiante armadura y por su intrépido caballo. ¡Gloria al rey don Alfonso! ha conocido su error y desea repararlo.»

El Rey fué recibido con universales muestras de alegría; y si la animacion del ejército era grande antes de su llegada, su entusiasmo no conoció límites, desde el momento en que el monarca abrazó la gloriosa causa de la independencia. Alfonso dió un estrecho abrazo á Bernardo en prueba de reconciliación y olvido, y ocupó su puesto entre el grupo de los nobles, donde el pendon leonés agitaba sus magestuosos pliegues. El ejército se dirigió con el mayor orden hácia las montañas del Pirineo; ese límite que ha puesto la naturaleza al suelo español, y que sus hijos deben siempre conservar intacto de la planta estrangera.

Las primeras noticias que llegaron á oídos de Carlo-Mano, sobre la marcha de Bernardo y sus compañeros las oyó con indiferencia, porque descansaba en el buen éxito que siempre habia acompañado á sus armas victoriosas, y en el indisputable valor y renombre de los caballeros de su corte. Sin embargo sus rosadas esperanzas se marchitaban por grados, al paso que cada uno de los últimos mensajeros traia noticias alarmantes de la fuerza é imponente aspecto que presentaba el ejército independiente. El emperador francés maldecia la volubilidad del rey de Leon, y pronto se dispuso él mismo para adelantarse y buscar al enemigo. Hallábase en su rededor un brillante concurso de caballeros, de los cuales los anales de la caballería no presenta ninguno mas valiente, ninguno célebre por mas títulos. Vinieron á la conquista de España con Carlo-Magno, el inflexible almirante Guarinos, Ferragut el fiero, el cándido Oliveros, Gatferos el hermoso, el intrépido Rolando y otra porcion de apuestos caballeros, cuya reputacion en las armas era muy poco inferior á las de los guerreros citados.

Las altas montañas del Pirineo resonaban con los ecos de mil canciones de guerra. Las trompetas y clarines repetian sus sonos belicosos, y la suave brisa de la noche llevaba las voces de los guerreros y sus alegres risotadas hasta perderlas en la distancia.

No es posible describir el suntuoso espectáculo que ofrecieron los dos ejércitos al avistarse á la mañana siguiente. En el dilatado espacio que ocupaban, un bosque de lanzas parecia destacarse de una inmensa y bruñida llanura de oro y plata. Tal era el efecto que producian los relucientes cascos, mirados desde lejos, bañados por la suave luz del sol de la mañana. Los dos poderosos adversarios avanzaron á la carga, y se encontraron en el célebre paso de Roncesvalles. Nunca se encerraron en un solo campo huestes de tan bravos caballeros, ni nunca se emplearon con mas acierto las astucias de la guerra. ¡Una nube de flechas y dardos oscureció al principio la luz del dia; pero pronto desapareció y los combatientes cerrando sus filas, se confundieron en horrorosa lucha. Por largo espacio pelearon con igual bravura ambos ejércitos, hasta que reunida la nobleza francesa en un solo cuerpo, resolvió romper el ala que mandaba el Rey de Leon. Los efectos de su ataque fueron semejantes al que produce una corriente de lava. Los españoles caian como otras tantas espigas de trigo. El furioso Rolando, animando á sus secuaces, se adelantaba ávidamente en busca de don Alfonso. Al cabo, habiendo llegado á su presencia:

«Falso Rey,» le gritó imperiosamente: «Encomienda tu alma á Dios, porque ha llegado tu hora. La muerte será el premio de tu perfidia.»

Diciendo esto, cerró con don Alfonso, el cual hubiera quedado sin duda mal parado de tan furiosa embestida, si

no hubiese acorrido en su ayuda uno de sus mas valientes caballeros; en vano es decir que este caballero fué Bernardo.

«Atrás, frances,» exclamó en el esceso de su furor. «Deja á mi Rey y cébese en mí tu furor; yo soy Bernardo!»

Y al decir esto, arremetió á Rolando con todo el ímpetu de que era capaz. Ambos resistieron inmóviles el primer encuentro sobre sus poderosas monturas. Estas, sin embargo, no pudieron sufrir el segundo y cayeron. Los dos campeones entonces desnudaron sus aceros que pronto se hicieron pedazos al rudo choque de los tremendos golpes. En aquel momento, Bernardo apoderándose repentinamente de un hacha perteneciente á un guerrero que yacia moribundo á sus pies, descargóla con tal ímpetu sobre su contrario, que destrozando el casco y la visera, partió en dos la cabeza del célebre caballero francés. Despues de esto siguió Bernardo haciendo prodigios de valor, y ayudado valerosamente por sus bravos leoneses, obtuvo una completa victoria. El emperador Carlo-Magno, con los restos de su destrozado ejército volvió á su país, para no olvidar jamás el fatal cuanto memorable paso de Roncesvalles.

Desde aquel momento el nombre de Bernardo se hizo cada vez mas glorioso en España; y las hazañas con que se distinguió en Roncesvalles fueron altamente celebradas. No obstante, en medio de tanta gloria como le rodeaba no parecia ser feliz el héroe; un ceño adusto sustituyó á su antigua franqueza y agradable serenidad. Paseando un dia por los jardines de palacio y abismado en profunda meditacion, daba de esta manera rienda suelta á sus sentimientos.

«¿Qué vale el esplendor de mis hazañas, decia, si continuamente me persigue la oscuridad de mi origen? ¿Porqué no viene mi padre á reconocer un hijo á quien todos rinden aplauso y alabanza? ¿Pueden estar tan apagados en él los sentimientos de la naturaleza, que permanezca indiferente á la gloria que yo pudiera transmitir á su nombre, si fuere tan feliz que la alcanzase? Ah! padre cruel!... No... tal vez te juzgo mal. Tal vez la ignominia de tu propia cuna te hace temer un descubrimiento fatal que pudiera oscurecer en solo un momento la brillantez de mis hechos.»

«¡Oh! Bernardo! no acuseis á vuestro padre, exclamó una voz. «¡Desgraciado! no ha sido él la causa de que vuestro nacimiento haya permanecido tanto tiempo en secreto.»

Bernardo volvióse sorprendido y vió á doña Arboyna, dama antigua de palacio, que estaba detrás de él.

«Bendigaos el cielo!» dijo Bernardo, «y bendigaos mil veces si podeis descargar mi espíritu del horroroso peso que le oprime.»

«Puedo aclararos todo el misterio; pero... añadió mirando al rededor sobresaltada, «¿Habrà alguno que nos observe? Ay! si sospechasen que habia descubierto este secreto á Bernardo, la desgracia, el castigo, la muerte tal vez serian las consecuencias de mi condescendencia. Retirémonos á un parage mas oculto.»

Bernardo obedeció impaciente. La dueña con voz mas firme, continuó:

«Si, Bernardo, un gran misterio envuelve á vuestro nacimiento; no os habeis mecido en cuna infame, aunque vuestra indignacion ha llegado á suponerlo. Ningun caballero en Castilla puede jactarse de tener progenie mas ilustre; ni aun el mas orgulloso de toda la nobleza.»

«Proseguid, noble señora, mi impaciencia puede apenas sufrir la tardanza de vuestras palabras.»

«Serenaos, Bernardo, y oireis cosas que os han de sorprender. He dicho que la sangre que circula por esas venas es tan buena como la del mejor caballero castellano, y aun podia aventurarme á decir que era mas noble.»

«¡Mas noble! ¿Cómo es posible, señora!»

«Si, continuó la dueña con voz mas baja y dulce. ¿Qué dirías si esas venas fuesen nutridas por sangre de reyes?»

«Dios poderoso!» exclamó Bernardo conmovido. «¡Podría tal vez probarse mi ambicion... si... no hay duda... la atencion particular con que me mira el Rey... la deferencia de ser su favorito entre los cortesanos, y otros mil accidentes justifican el presentimiento que alimentaba mi esperanza. Es, pues, el rey Alfonso...» no se atrevió á concluir; pero doña Arboyna adivinando su pensamiento, le contestó:

«No, no es el Rey vuestro padre, y sin embargo, una misma sangre circula por las venas de entrambos. Escuchad, Bernardo, la historia de vuestro nacimiento; desgraciadamente está llena de horrores y desdichas. El miedo me ha

obligado hasta ahora á guardar un profundo silencio, pero no quiero ser con vos injusta, ni ingrata á los beneficios de vuestra madre.»

«¿Mi madre! ¿quién es? ¿Dónde está?»

«¡Ay! prorumpió la dueña bajando la cabeza tristemente «murió hace pocos meses: infeliz señora! mucho sufrió y muy profundos fueron sus dolores! pero ahora está en el cielo y goza el premio que alcanzaron su virtud y sus padecimientos.»

Las lágrimas interrumpieron por un momento la narracion de la sensible dueña; luego continuó:

«Doña Jimena, vuestra madre, era la única hermana del rey Alfonso que la amaba con el afecto fraternal mas puro, hasta el momento que se hizo odiosa á sus ojos, por haber concebido una pasion que él desaprobaba en el mas alto grado. Entre los apuestos caballeros de la corte de este Rey cruel, habia uno mas arrogante que todos; el primero en valor é intrepidez; el primero tambien en cortesania y gentileza. Basta decir, que solo tan perfecto caballero podia despertar el amor de una princesa. Y asi sucedió. Doña Jimena se sintió vivamente enamorada del conde de Saldaña; este era el nombre del caballero; y en cuanto á él no estaba en verdad menos cautivado de los encantos de la infanta. El Rey, que sin duda es mas puro en todos sus pensamientos y que odiaba al amor como á la muerte, tenia proyectado fundar un convento de monjas, por cuya abadesa habia elegido á su hermana. Estos planes ya debeis suponer, que cuadraban muy mal con el gusto é intenciones de doña Jimena, interesada como estaba por el noble conde de Saldaña. Aqui comienzan las desventuras; la infanta conociendo demasiado bien que el Rey su hermano se opondria eternamente á su enlace con el conde, no de otra suerte que si le hubiesen obligado á él á unirse con el mismo diablo, resolvió guardar el secreto de su inviolable amor; casóse con el caballero clandestinamente, y resultó lo que suele ser perjudicial á secretos femeniles de tal naturaleza. Nacisteis vos y el secreto no pudo guardarse por mas tiempo. El Rey en el esceso de su encono amenazó matar á la infanta, á su esposo, á su inocente hijo y aun á mí, aunque yo estaba tan inocente como el niño; escepto y salvo el haber sido la confidente de sus amores, del casamiento y de lo demas. Ay! Dios me libre! no, no tuve la menor parte en nada.»

«Bien, bien,» interrumpió Bernardo con impaciencia; «pero ese Rey bárbaro puso en ejecucion sus amenazas?»

«No ciertamente; porque, como veis, yo no estoy muerta, vos tampoco, y aun viviera vuestra madre si hubiera podido sobrellevar por mas tiempo sus pesares; en cuanto al conde, vuestro noble padre, vive todavia; aunque el desdichado lleva una vida harto lamentable, porque el Rey no cedió del todo en su venganza.»

«¿Y que hizo?»

«Nada bueno, en verdad; pero que otra cosa podiamos esperar? Ciertamente cuando vi que me habia escapado con la vida, no cesé de enviar mis preces á la Virgen santísima. Pero no debeis suponer que todos fuimos igualmente afortunados; porque apenas nacisteis os arrebataron á vuestros desgraciados padres. Este fué el primer acto de Alfonso; no cediéndole el segundo en crueldad. Inmediatamente desterró al Conde al castiilo de Luna, donde está oculto desde entonces. ¿Y cuál creéis que fué la suerte de vuestra tierna madre? No fué mucho mejor, seguramente; pero esto no me cogió de sorpresa. El Rey, que tuvo tantos deseos de que su hermana fuese abadesa antes de su casamiento, se empeñó doblemente en ello cuando vió que se habia entregado al Conde, sin pedirle su asentimiento. ¡Ah! ¿porque no lo hizo la pobre señora? No porque faltase al respeto en lo mas mínimo á su augusto hermano, sino porque estaba intimamente persuadida de que jamás alcanzaria su permiso. De modo que doña Jimena fué encerrada en un convento, donde la infeliz permaneció en la amargura, hasta que dejó de existir.»

Tan sorprendido quedó Bernardo al escuchar la narracion de doña Arboyna, que estuvo algun tiempo indeciso sobre el partido que deberia tomar. Entre tanto la timorata dueña le suplicaba ardentemente que no vendiese su secreto. Absorto sin embargo Bernardo por el descubrimiento que acababa de hacer, no prestaba atencion alguna á sus ruegos, sino que lleno de indignacion y sentimiento resol-

vió presentarse al Rey, y reconvenirle por su conducta indigna hacia el Conde y doña Jimena.

Con la temeraria impetuosidad anexa á su carácter, fué á la preseneia del Rey, sin esperar á que se le anunciase en otra ceremonia alguna. Alfonso se levantó sumamente disgustado al ver la brusca entrada y altanero aspecto del joven caballero.

«¿Que es esto, don Bernardo, los triunfos que alcanzaste en Roncesvalles han inflamado tanto tu orgullo, que te han hecho olvidar el respeto que se debe al Rey de estos estados?»

«No se me puede exigir, replicó Bernardo indignado, respeto alguno hacia el rey de Leon desde que ha llegado á mi noticia la villanía de su conducta. ¿Dónde está mi padre? ¿Pudo nunca su ofensa, si es que puede llamarse así, merecer el cruel castigo que sufre? Recordad el paso de Roncesvalles..... los servicios que allí os hice fueron tan grandes, como inmerecidos. Me ofrecisteis una gracia cuando salvé vuestra vida del furor de Rolando. Este pues, es el momento de cumplir vuestra real palabra de un Rey tan despiadado para los suyos, como injusto para todos.»

La desesperacion del Rey llegó á su colmo al ver la altivez de Bernardo.

«Atras el insolente! gritó. ¿Qué arrogancia es esta? ¿Qué podía yo esperar de la hechura de un traidor?»

«Mi padre no fué traidor! Cortada se vea la lengua que ha proferido tal calumnia! Si cualquier otro, esrepto el Rey, la repitiese, viven los cielos, que habia de participar la suerte de los que probaron la fuerza de mi brazo en Roncesvalles. Ahora bien, Señor, antes que espire el dia, exijo el cumplimiento de la gracia prometida. Sacad á mi noble padre del castillo de Luna, donde ha sido tan cruel é injustamente desterrado. Esta es mi peticion. Concedédme la, y cesará la indignacion de Bernardo que está siempre mas dispuesto á amar que á aborrecer. Dádme á mi padre, y mi brazo, y mi sangre, y mi vida, todo será vuestro despues.»

«Desprecio tan arrogante ofrecimiento! exclamó el rey; y sepa Bernardo que no impunemente se provoca el odio ó se abusa del demasiado sufrimiento del rey Alfonso.

«Tu sufrimiento y tu odio me son igualmente despreciables» interrumpió atrevidamente el caballero; pronto, falso Rey, te arrepentirás de tus injusticias y crueldades. Ahora parto de aquí, pero desgraciado el dia en que Bernardo vuelva á la corte de Leon.

(Se concluirá.)

Leemos en los periódicos de Madrid las siguientes líneas:

El célebre Eugenio Sué ha dirigido una carta autógrafa á don Wenceslao Ayguals de Yzco en la que despues de manifestarle su gratitud en términos altamente lisongeros por la traduccion del *Judio Errante*, admite la dedicatoria de *Maria la hija de un jornalero*, espresándose del modo siguiente: «Recibiré con tanto placer como reconocimiento la dedicatoria que me proponéis de vuestra novela. Me considero igualmente dichoso al ver que las clases menesterosas del pueblo español tengan tan buenos padrinos como vos. Servimos á la causa de la humanidad entera; vuestro libro tendrá un éxito brillante, y es ciertamente muy dulce y bello el pensar que los desgraciados de las clases populares de España tengan en vos tan generoso y entendido abogado.

Esta novela que publicará en breve la acreditada *Sociedad literaria* con extraordinario lujo, intercalando el texto de preciosos grabados egecutados por los mejores artistas, será la obra maestra del Sr. Ayguals de Yzco, segun los grandes elogios que hacen de ella cuantos literatos oyeron la lectura del primer tomo en una reunion de las personas mas notables de la Corte. *Maria la hija de un jornalero*, será la historia contemporanea de Madrid, en la que se abogará por el pueblo y se harán revelaciones de una importancia inmensa—»

LAS ESTRELLAS.

Hay estrellas entre estrellas
que al bien ó al mal nos destinan;
estrellas que vaticinan
del hombre el funesto fin.
Estrellas de jesto crudo
que no alumbran la fortuna;
astros que desde la cuna
lucen mal hasta el confin.

Estrellas de brillo pálido,
de luz azulada y triste,
que alumbran solo al que *ecisto*
en las sombras del dolor;
que si retirarse intenta
de su desgraciado centro,
le salen luego al encuentro
con aire amenazador.

Tente ¿á do vas?... desgraciado
¿quieres huir mi influencia?...
nécio!.. dicté tu sentencia,
y otra no dictaré ya.
Sigue la senda maldita
que tracé en tu nacimiento,
que la estrella del contento
para tí no brillará.

Hay estrellas brilladoras
que son solo del momento,
que ostentan rostro cruento
y rostro risueño al par;
que la senda de la vida
bañan de esquisitas mieles,
y de trecho en trecho hielos
tambien suelen derramar.

Estrellas cuyos destellos
benéficos cuanto leales,
siempre mitigan los males
del fortunado mortal;
y luciendo cariñosas
con sus luces brilladoras,
del hombre aumentan las horas,
y apartan la hora final.

Gusta afanoso las glorias,
los triunfos y los amores;
no sabe que son dolores
ni lo que pesares son:
saltando en hilaridades
de uno en otro contento,
sin topar con un momento
triste para el corazon.

Hay estrellas cuyo brillo
fascinador y luciente
nos halaga dulcemente
y nos quema el corazon:
muestranos senda de amores
toda de flores cubierta,
mas al hollarla dispierta
la espina de la pasion.

Brillo halagador, mentido,
que encubriendo los dolores
nos da á gustar los amores
del venenoso festin;
y cuando mas engañados
en él nos adormecemos,
que nos hunde conocemos,
en un abismo sin fin.

Entónces el hombre furioso
sin saber por do camina,
á buscar se determina
otra brújula mejor;
y errante, perdido, ciego,
sin comprenderse á si mismo,
ábrese en el mismo abismo
segundo abismo mayor. **SAMUEL.**